

EL PERRO QUE SE CONVIRTIÓ EN SAPO Y MI AMIGO EL MARCIANO Y YO

MOISÉS CÁRDENAS



El perro que se convirtió en sapo

En un país lejano, existió un perro negro de manchas blancas y ocres, que se llamaba Firulais. En verano el canino correteaba a los autos que pasaban rápido, frente a su pequeña casita de madera. En invierno, el animal dormía bajo las sombras de un algarrobo, un árbol inmenso, cuyas hojas se mantenían despiertas en las noches estrelladas. Todos los años, Firulais sonreía su existencia, entre ladrar bajo la luna llena, darles posadas a otros perros en su casita, hasta visitar al poeta Zohar.



El canino miraba por la puerta de su morada, a todos los sapos que paseaban buscando agua. El animal para salir de la rutina les ladraba y los perseguía por una calle de tierra que llegaba hacia la casa del bardo. Allí los anfibios saltaban hacia una taza azul que tenía agua, y nadaban. Los

ojos de Firulais giraban y giraban mirándolos, hasta que el canino paulatinamente se hechizaba por el verde de sus pieles, entonces de forma lenta caminaba hacia los ramajes y danzaba con los duendes, quienes risueños se divertían con él.



Y así trascurría la vida del perro, día tras día, durmiendo bajo las sombras del árbol. Noche tras noche sus ojos brillaban con los cantos de los grillos, siesta tras siesta visitaba a su amigo vecino, quien le recitaba algún verso en la espera de un aplauso.

Cierto día de verano, se mudó al lado de él, una mujer sesentona, de pelo alborotado, de labios marcados en rojo, que se vestía con ropa colorida. La dama era apodada La bruja, por algunos perros del barrio.

Firulais cuando se enteró que la tendría de vecina, buscó unas tablas y cubrió la ventana de su casita de madera. En ese instante, los ojos del

algarrobo temblaron, las piedras del camino que daba hacia la casa del poeta, huyeron. Su amigo se dio cuenta que una bruja se había mudado cerca, porque en las noches escuchaba en el techo unos extraños sonidos. De modo que cada vez que surgían los ruidos, él miraba por la ventana de su hogar, y veía pasear por el jardín a un gato negro.

Asombrado por la presencia del felino, salía al patio, y contemplaba al animal caminando entre durazneros y limoneros que habitaban en el jardín. Luego el gato maullaba, y huía lentamente entre unos arbustos. Zohar miraba al cielo y silbaba, entonces llegaba el canino temblando. Ambos se miraban en silencio, poeta y perro, caminaban

despacio hacia la casa de la maléfica, y asustados le arrojaban sal a su puerta. Luego cada uno se dirigía hacia sus lóbregos cuarteles de invierno.

Pasaron varios meses, y el perro poco salía de su casita. Cada vez que se asomaba, los ojos negros de la mujer se clavaban en su pelaje. Zohar trataba de no encontrársela, entonces salía de noche de su vivienda para lanzarle algún trozo de pan a su amigo, quien sacaba las patas por la puerta de su casita y recibía la gratitud de su vecino.

Todo se fue complicando entre los dos compañeros, porque la bruja colocó en medio de la casa de Firulais y del poeta una silla mecedora, un montón de plantas, una escalera de madera y una

envejecida escoba. Y todos, pero todos los días, se sentaba allí sin importar que pasara frío o calor. De modo que el perro y el poeta Zohar, estuvieron incomunicados durante un largo tiempo.



Una noche de invierno se atrevieron a salir de sus moradas. La bruja dormía en su silla, la escoba giraba en el piso, las plantas soñaban con agua y sol. Los dos amigos se miraron y se acercaron, se saludaron.

Zohar le entregó a su amigo un poema que había escrito hacía tiempo, mientras se habían resguardado de la malvada mujer. Firulais tomó el papel entre sus patas y leyó:

*Ahuyenta la noche ahuyenta,
salen las brujas volando
con los relámpagos
y los perros se acurrucan*

en sus cunas de mimbre.

El pasto duerme y no crece

la tierra respira lenta

las piedras grises son la almohada

de algún sapo veraniego

y el silencio es el espanto

que nos cubre.

Entonces, entre pájaros y ángeles

nos envolvemos todos

esperando que sus alas

cuelguen en nuestros cuerpos

y así volar en los sueños.

El perro levantó la mirada y vio que el poema giró en sus manos. Desde arriba la luna llena los miraba de forma alegre, pero de pronto su semblante cambió, cuando observó que la bruja se levantaba de la silla y se acercaba hacia ellos, entonces el satélite natural, cerró sus ventanas.

Abajo en la tierra, el poeta contempló que los ojos de su amigo brillaron de rojo. El animal se agachó al suelo, y una fuerte brisa pasó. Zohar volteó hacia atrás, y para su sorpresa, la malvada se les acercaba con sus manos extendidas, lanzó rayos que chocaron contra los árboles y las piedras. Firulais intentó huir, pero no pudo, el poeta se quedó paralizado de susto, en ese instante la mujer

sacó un pequeño frasco que llevaba en su cintura. Agitó el envase, y derramó al piso, un líquido verde.



—¡Sal de aquí, sal de aquí! —le dijo la bruja al poeta.

El bardo caminó como embrujado hacia su casa. En cambio, el perro sintió un fuerte dolor en

su pecho cuando vio alejarse su amigo, intentó ladrar, pero no pudo. Los ojos de la bruja lo scrutaron. El canino se asustó mucho, dio unos pasos hacia atrás, escondió su cola entre las patas.

De pronto, Zohar recobró el juicio y presintió algo malo. Volteó, escuchó un gemido, luego una aterradora risa que lo derribó al piso, donde se quedó dormido al instante. El sol de la mañana lo despertó, se vio tirado en el suelo, levantó la mirada, y vio que desde la chimenea del hogar de la bruja salía abundante humo. Pensó en su amigo, rápidamente salió a buscarlo. Llegó hasta su casita de madera y no estaba, encontró solamente una taza azul vacía, un plato de cristal

lleno de telarañas, y una almohada amarilla cubierta de polvo. El poeta buscó al canino por todos lados, les preguntó a los pájaros, a las rosas de los jardines y a los demás perros del pueblo; todos desconocían su paradero.

Trascurrieron muchos días, y el invierno se terminó en un reloj que colgaba sobre el viejo algarrobo. Luego llegó la primavera en las manos de un sol, y después entró el verano, sin embargo, por ningún lado se encontraba Firulais. La bruja había dejado de salir de su hoguera. Los objetos que ella había colocado, todavía estaban allí. De vez en cuando, la casa lanzaba luces rojas que asustaba a los zorzales que pasaban.

Zohar no aguantó más vivir en ese lugar, y se fue a una nueva casa que construyó de madera. Y desde ella escuchaba los sonidos del alma. Sentado en una piedra bajo los ojos de un arbusto, vio pasar a un sapo que caminaba más despacio que un caracol.

Luego vio que se paró frente a la casa. El poeta se acercó de manera lenta para que no se fuera, porque había visto que desde las patitas del sapo brillaban unas luces azules. Sin embargo, el animal volteó rápidamente y mostró unos ojos grandes, vivaces, y desde su garganta se le escucharon unos cuantos ¡croac, croac, croac! Zohar notó algo extraño en él. Se agachó y vio que

el anfibio lo miraba triste. Su cuerpo cambiaba de verde a negro, y cada vez que el poeta hacia chasquidos para alejarlo de la casa, el sapo levantaba su patita.



Se miraron por varios minutos, los ojos del animal se fijaron en el poeta, con la intención de

comunicarse. De pronto se escucharon a los lejos, unos fuertes ladridos que estremecieron las hojas de los árboles. El poeta sintió escalofríos, y miró hacia los lados, el sapo tembló. En ese instante, Zohar vio que volaba la vieja bruja en una escoba. La arpía flotaba por su casa.

Se agachó rápidamente, agarró una lanza y se la arrojó a la mujer. Asustada se alejó. El sapo con sus patitas tocó temeroso la puerta. El sonido de la madera, inspiró a Zohar:

*Cuando suene la guitarra
cantarán los magos
renacerá la luz*

*y asustarán a las brujas
que volarán hacia el desierto.*

*En la arena
se perderán.*

Cuando el verso terminó, el sapo dejó de ser sapo, para convertirse en Firulais. La bruja lo había transformado. Nostálgico por haber dejado de ser perro, se había escondido en un bosque. Estuvo allí por un tiempo, hasta que se le pasó el miedo, y regresó a su casita de madera. En el lugar, no vio a su amigo ni sus recuerdos, lo buscó por todas partes hasta que un día, la luna lo llevó hacia donde

estaba Zohar, y fue así que lo encontró sentado en la piedra.



Mi amigo el marciano y yo

En una noche de noviembre del año 2007, estaba con mi hermano Miguel en el balcón de la casa de mis padres. Los dos mirábamos el cielo, conversábamos sobre la existencia del universo y sobre la vida en otros planetas. De pronto, contemplamos una bola incandescente que pasó muy rápido por el firmamento, mi hermano y yo nos miramos sorprendidos. Bajamos a la planta baja de la casa y corrimos hacia la sala.

En el lugar se hallaban sentados mi mamá, mi papá y mis otros hermanos. Les contamos lo

ocurrido, pero sólo nos miraron y no dijeron nada. Miguel me dio un leve golpecito con el codo en la espalda, lo miré y con la cabeza le señalé que subiéramos de nuevo al balcón.



Mientras yo observaba las estrellas, mi hermano dijo:

—A lo mejor es un meteorito.

—No sé, pero tengo la impresión de que pasó una nave extraterrestre —comenté en voz baja con los ojos fijos hacia el cielo nocturno.

Él me observó, miró a las estrellas, me dio una palmada en la espalda y expresó con una sonrisa:

—Quizá vengan algún día.

Tres años después de aquel acontecimiento, por cuestiones de la vida, tomé un vuelo hacia un nuevo lugar de residencia. Mientras viajaba, mis ojos se quedaron fijos en las nubes. En un

momento, cerré los párpados y vi la imagen de aquella bola de fuego que pasó por el cielo, en el balcón de la casa de mis padres.



Cuando aterricé, se me cruzó un nudo en la garganta. Atrás se quedó mi hermano Miguel y mi familia. En mi nuevo terruño, contemplé más las estrellas, buscaba una nave espacial. Sin embargo, no encontré nada, sólo veía el cielo con sus brillantes joyas.

Trascurrieron los años, y de vez en cuando observaba el firmamento, por si me topaba con algún ser extraterrestre. Y una noche de primavera, mientras miraba la luna, escuché unos ruidos entre el pastizal que estaba frente de la casa. Miré hacia el lugar, pero no vi ninguna presencia. De pronto, pasó una sombra por encima de mi cabeza, que me hizo tambalear y caer al suelo. Me

incorporé rápido para ver qué pasaba, y cuando levanté la vista, observé una nave plateada que irradiaba luces azules.

Me sobresalté por unos segundos, y di unos pasos hacia atrás, pero la luminosidad me detuvo. Fijé mis ojos hacia el objeto, y en ese instante, se abrió de forma lenta una puerta, donde se desplegó una escalera dorada. Mi corazón latió varias veces cuando bajó él.

Era de un metro y medio, delgado, de rostro de niño y ojos celestes. Llevaba en la frente el tatuaje de una estrella. Estaba vestido con un traje amarillo. Al verlo, retrocedí de nuevo hacia atrás,

pero el visitante levantó sus brazos y señalando al cielo, pronunció:



—No te asustes, vengo del planeta Marte.

Cuando habló, miré la marca que llevaba en la frente. Me quedé en silencio por unos segundos, no sabía qué decirle, mi mente se apagó. Con un chasquido de sus dedos, el ser hizo aparecer una pequeña esfera de cristal en el aire y comentó:

—Estoy de paso por el planeta Tierra.

—De-pa-paso por la-tie-rra —tartamudeé, impresionado.

El extraterrestre sonrió y sacó de su traje una hoja metálica. La extendió sobre mis manos. Vi que la lámina tenía unas inscripciones extrañas, parecían jeroglíficos. Fruncí el entrecejo.

—Es la escritura de nuestro planeta.

—¿En Marte tienen escritura?

—Sí, desde hace mucho tiempo.

Bajé mi mirada hacia la placa y pasé mi mano derecha sobre la lámina, y el objeto reflejó una luz violeta. Asombrado por el resplandor, le devolví el metal. Él tomó la escritura en sus manos, sopló sobre ella y la desapareció. Miré sus ojos, entonces brillaron.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Sí, lo que gustes.

—¿Cómo sabes mi idioma?

—En Marte hablamos las lenguas de la Tierra, así como muchos idiomas y dialectos de otros planetas.

—Los astrónomos y científicos siguen estudiando a tu planeta y otros más de nuestra galaxia. Según ellos, esperan encontrar vida dentro de algunos años —le comenté, sonriente.

—Sabemos de ustedes, desde el nacimiento de las primeras plantas, el surgimiento de los mares, el génesis de la humanidad.

Él se llevó sus manos a la frente y desprendió una pequeña estrella, cuando la observé, sentí un mareo extraño y todo a mi alrededor empezó a darme vueltas. Estuve así por unos segundos, hasta que contemplé las constelaciones, las estrellas, los planetas de la Vía Láctea y otras galaxias. Luego me observé de niño,

joven, adulto y viejito como de unos setenta años.
Vi asteroides, cometas, meteoritos, animales
prehístoricos, bestias espantosas, reptiles, aves,
dragones y tigres en la luna.



De pronto, escuché el chasquido de los dedos, abrí los ojos, y el extraterrestre con una voz musical dijo:

—No te asistes, has visto la revelación del cosmos.

—¿Puedo saber tu nombre y tu edad?

—Mi nombre es Akinash, tengo doce años.

—¿Por qué has venido?

El ser extendió sus manos hacia la nave y sacó un pergamino. Lo colocó entre sus manos y me mostró lo que tenía. Eran dibujos de la humanidad, que revelaban la historia de nuestro planeta. Luego cerró el manuscrito y movió sus manos, donde surgió en el aire una esfera que irradió una luz

verde. El objeto desplegó imágenes escalofriantes. Mostraba ciudades y lugares de la Tierra totalmente destruidos.

—Eso pasará si siguen acabando con el planeta.

Quedé atónito por lo que había visto. El visitante colocó sus manos sobre el pergamo y comentó:

—Mi apariencia es de un niño de doce años humanos, pero en mi mundo tengo mil años. El universo nos ha dado vida, porque es la fuerza activa que gravita en el cosmos. Yo vivo en una de las ciudades subterráneas de planeta Marte. En mi

pueblo hay agua, allí crecen plantas, hay aves y peces voladores.

—Hace poco, la NASA reveló que en Marte hubo agua, y que por su formación parecían ciudades —le comenté.

—Es verdad, hay agua, y aunque en su apariencia es de color rojo e incandescente y sin vida, también hay ciudades —respondió de forma sonriente.



—¿Viajaste por otros mundos?

—¡En muchos! Conozco las otras galaxias y he pisado los planetas de nuestra Vía Láctea, pues como sabes, también es nuestra galaxia; puede decirse que somos hermanos.

—Sí, eso es muy cierto. Siempre me sentí atraído por el cielo, desde niño, y he pensado que en nuestro universo hay fuerzas moviéndose.

—Por eso te he revelado el cosmos. Sé que eres poeta y quiero decirte que me gustan tus poemas.

—¿Mis poemas?

—Por cierto, me encanta estos versos:
El poeta viajó en sus pensamientos.

Buscó el verbo, caminó entre las metáforas,
abrió los libros de la historia, y pensó en el futuro.

Todo se hizo espasmos y sombras, las lágrimas mojaron el papel, tomó el lápiz de la

memoria y dejó que sus manos volvieran a escribir sobre el mundo.

—¿Por casualidad eres poeta? —le pregunté con curiosidad.

—En mi mundo, al igual que aquí, tenemos oficios, y a mí me tocó ser poeta. En muchos planetas los hay. Para nosotros en Marte, la poesía es el vasto universo, todo su esplendor y misterio.

Me asombró sus respuestas y por unos breves segundos quedé en silencio. El visitante señaló su nave y comentó:

—En nuestro planeta deseamos que escribas sobre el cuidado del ambiente. Para Marte, la Tierra es un planeta maravilloso, es un ojo azul

en la Vía Láctea. Te invito a plasmar versos de unión y paz entre la humanidad.

—¡Es una gran misión! —exclamé, llevándome las manos hacia la cabeza.

—Primero escribe sobre nosotros y luego deja que tu mente se abra en el firmamento, porque estarás con las constelaciones. Cuida la Tierra, porque ella reclama tu amor.

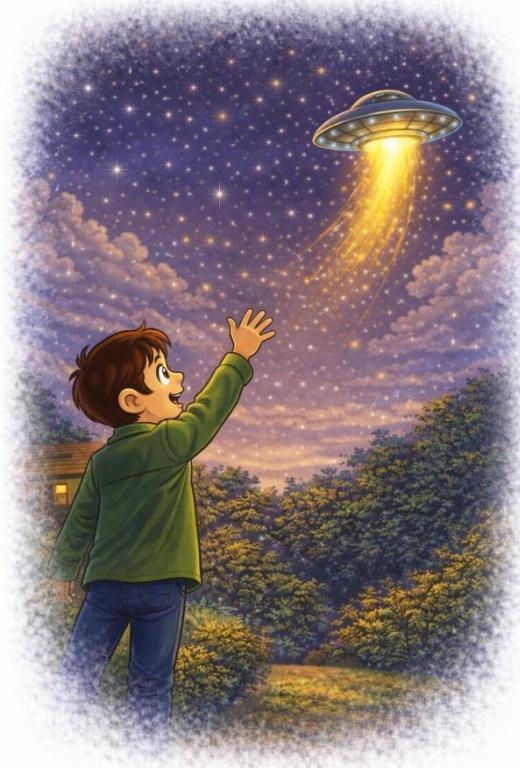
Cuando terminó de hablar, la puerta de la nave se abrió despacio. El extraterrestre caminó hacia ella. Antes de partir, señaló una estrella y dijo:

—¡Hasta pronto, poeta! Eres mi amigo del planeta Tierra.

—Adiós, Akinash.

—Volveré.

La nave giró varias veces, resplandeciendo
unas luces doradas, hasta que se perdió en el cielo.



Moisés Cárdenas

San Cristóbal, Venezuela, 1981. Poeta, escritor, profesor y licenciado en Educación Mención Castellano y Literatura (ULA-Táchira). Ha publicado en antologías de Venezuela, Argentina, España, Italia y Estados Unidos. Entre sus obras: Libro Relatos de cualquier tipo, Editorial Solaris de Uruguay, 2022. Poemario En el jardín de tu cuerpo, Sultana del Lago Editores, Venezuela, 2021. Novela de género testimonial, Los ojos de un exilio, Editorial Avant, Barcelona, España, 2020. Publicación digital, Obra poética y narrativa,

Biblioteca de Autores y Temas Tachirenses, volumen 208, BAT. San Cristóbal, Táchira, Venezuela, 2018. Poemario infantil Mis primeros poemas, Ediciones Ecoval, Córdoba, Argentina, año 2015. Poemario Poemas a la Intemperie. Editorial Symbólicus, Córdoba, Argentina, 2013. Poemario Duerme Sulam. Editorial Cecilio Acosta, Museo de Barinas, Venezuela, 2007. Poemario El silencio en su propio olvido, Ministerio de Educación (IPASME) Caracas, Venezuela, 2008. Ha participado en Revista ADEH, Ergo, Letralia, Incomunidad, Herederos del Kaos, Diario Digital Identidad Latina Multimedia de Hartford, Estados Unidos, Poesía Alcanza, Trasdemar, entre otras.



Título: El perro que se convirtió en sapo y Mi amigo el marciano y yo.

Autor: Moisés Cárdenas.

Edición digital Hoja en blanco. Diciembre, 2025.

La presente obra fue aportada por el autor de manera voluntaria y gratuita a Hoja en Blanco con fines de difusión literaria. El autor conserva todos los derechos morales y patrimoniales sobre su trabajo. Esta edición está publicada bajo la siguiente licencia de uso *Creative Commons*:



CC BY – NC – ND 4.0

Se permite copiar, descargar y compartir esta edición siempre y cuando se otorguen los créditos pertinentes. No pueden realizarse cambios de forma ni usarse con fines comerciales. La obra original no podrá ser reproducida en otro formato o edición sin la autorización previa y por escrito del autor.

Descarga gratis esta y otras obras en

www.hojaenblancoeditorial.com

